

GRECIA EN EL HORIZONTE CULTURAL DEL CASTELLANO (RECUERDOS DEL IDIOMA)

Profesor Bruno Manara*

Abstract:

We try to demonstrate that in Spanish, although a language of Latin origin, there are several words or expressions which refer to the mythological or cultural words of Greece: this is meant to be the "horizon", or further point beyond which no conscious cultural reference in the common every-day Spanish is found. To establish this, we do not follow the traditional philological method, which inevitably leads to Latin, but emphasize several words or metaphorical expressions which came throw Latin, but whose real origin is Greek and refer to Greece.

Simultaneously, we ascertain that when several words or expressions of Greek origin are present in languages of different philological origins, this allows us to associate the people which speak them into the same cultural area.

Key words: *Philology, mythology, culture, supralinguistic relationships.*

* El Profesor **Bruno J. Manara** es Licenciado en Letras, con mención en Latín Superior, por la Universidad Central de Venezuela el año 1973. Ha ejercido por muchos años como docente de castellano, latín y literatura en el Instituto Pedagógico de Caracas (IPC) desde 1967; y en el Instituto Venezolano de Audición y Lenguaje (IVAL) entre 1973-80. Lleva a su cargo la enseñanza de griego bíblico en el ITER desde el año 1993; y la de Idioma Clásico (concretamente el Latín), en este mismo Instituto, desde el año 2001. Profesor de Latín para Botánicos en el Postgrado de Agronomía (UCV-Maracay), desde 1997 y autor de un texto de *Latín y Griego Básicos para Botánicos* (Fund. Planchart, 1995). Incursionó en la investigación de la literatura oral popular, a través de la hoy desaparecida Federación Nacional de la Cultura Popular, FENACUP. En particular, de su contacto con los cultores del espiritismo popular, resultaron los trabajos: *El Jefe, Gregorio Camacho* (1985), *María Lionza, su entidad, su culto y la cosmovisión anexa* (UCV, 1995), y *El mundo de Gregorio Camacho, espiritista yaracuyano* (UCAB-ITER, 2002). También publicó algunos textos escolares de *Dibujo Técnico* (Ed. CO-BO) y algunos trabajos de difusión científica, en particular: *El Ávila, Biografía de una Montaña* (Monteávila Ed., 1998). Dirección electrónica: manara3939@yahoo.com

Una manera de establecer la existencia de posibles relaciones entre diferentes pueblos en lejanos tiempos pasados, es a través del estudio de sus respectivos idiomas. Fue así como los estudiosos reunieron los grupos humanos modernos en familias lingüísticas como: semita, aria o indô-europea, uno-altaica, dravídica, malayo-polinesia, etc.

Por otra parte, desde cuando el europeo descubrió el Nuevo Mundo, los pensadores habían comenzado a plantearse cómo habían sido pobladas las tierras recién descubiertas, y si las poblaciones amerindias constituían una entidad humana aparte de las ya conocidas, o tenían alguna vinculación con las mismas. Entre las distintas teorías que se presentaron, no faltaron las de tipo lingüístico, que pretenden asociar el lenguaje de esta o aquella tribu indígena americana con lenguas de otras áreas del mundo, y en particular de las regiones mediterráneas¹.

En el presente ensayo no pensamos echar mano del método filológico tradicional para demostrar los orígenes y componentes lingüísticos del castellano, cosa por demás ya muy bien averiguada, sino destacar algunas palabras y expresiones que aún hoy en día hacen referencia a sucesos, situaciones, personajes, creencias o mitos del mundo clásico griego. De este modo aspiramos a establecer una especie de horizonte histórico-cultural, más allá del cual no existe en nuestro idioma otra referencia sino las relaciones filológicas, las cuales, en muchos casos, solo son evidentes para contados especialistas de la materia. Varias de las alusiones culturales a las que nos referimos, en cambio, no tienen que ver necesariamente con la filología, y más bien pueden aparecer simultáneamente en idiomas pertenecientes a familias lingüísticas distintas, pero que se ubican dentro de un mismo contexto cultural.

Por ejemplo, cuando decimos de alguien “Esto fue su talón de Aquiles”, es decir, su punto débil, propiamente aludimos al episodio mítico de cuando la divina Tetis sumergió a su recién nacido hijo en las aguas inmortalizantes del río Stix, pero sin percatarse de que, al tener firmemente sostenido a su hijito por el talón, ese punto no fue tocado por las maravillosas aguas, y de ese modo esa mínima parte del cuerpo le quedó vulnerable, y de hecho sería causa de la muerte del héroe. Todos, por lo demás, tenemos nuestro punto débil y nuestros propios talones, pero seguimos atribuyéndoselos a Aquiles, por haber sido más

1 Véase las obras de Barry Fell, *America B.C.* (N.Y., 1976; Wallaby Pocket Books, 1978), y *Saga America* (N.Y. 1980). Además, toda la serie de *Epigraphic Society Occasional Papers* (ESOP), San Diego, California.

ejemplarizante lo sucedido con el talón del héroe aqueo, y como una prueba de que todavía estamos vinculados al mundo clásico griego.

Para comprobarlo, se puede observar que el héroe Sigfrido, en el cantar de los Nibelungos, tuvo un percance parecido al de Aquiles²; sin embargo, este episodio de la mitología germana no dejó rastro alguno en nuestro idioma; en otras palabras, está fuera del horizonte cultural del castellano.

Es también ampliamente sabido que, a raíz del trágico deslave de diciembre de 1999 en el Litoral Central, cuando ya estaban dirigiéndose hacia Venezuela los barcos norteamericanos con equipos especializados contra desastres naturales, el gobierno nacional les mandó que se devolvieran, argumentando que eran un “caballo de Troya”. En esta expresión, una vez más, tenemos otra alusión al mundo griego, a saber, al gran caballo de madera que los aqueos dejaron abandonado en la playa frente a Troya supuestamente como voto a Poseidón, el dios del mar, para impetrar de él un feliz regreso a sus tierras por el borrascoso mar Egeo. La realidad, sin embargo, era otra, y todos estamos enterados de que, a través de ese caballo de madera, la ciudad de Troya fue destruida. En efecto, entonces fue cuando “ardió Troya”, como todavía decimos, para expresar una situación de enfrentamiento violento y caótico entre varias personas.

¿Y no escuchó nunca ponderar una dificultad con la expresión “eso es *enea*”, o decir que una persona de carácter difícil “es *enea*”, o: “¿qué *eneas* es este sol!”?... El sentido de “enea” o “eneas” aquí no corresponde al que se da en un diccionario castellano, sino que es propiamente un venezolanismo, y alude a *Eneas*, el caudillo de un grupo de sobrevivientes de la destrucción de Troya que, después de mil peripecias y contrariedades, llegó al Lacio, en el centro de Italia, donde logró asentarse con sus hombres y, a través de su hijo *Julo*, llegaría a ser el antepasado de la familia *Julia*, a la cual pertenecería Cayo Julio César y los primeros emperadores romanos hasta Nerón.

Pero volviendo al asunto que nos ocupa, no es Homero, sino el poeta latino Virgilio, en su Eneida, o epopeya de Eneas, quien relata el episodio del caballo y de la destrucción de Troya. Suya es también la expresión *tímeo Dánaos et dona ferentes*, es decir, “temo a los griegos aún cuando traen dones”. Si tomamos en consideración que nuestro verbo *timar*, engañar, procede del griego τιμαω, hon-

2 “En tanto que la caliente sangre del dragón brotaba de las heridas y el fuerte héroe se bañaba en ella, una grande hoja de tilo cayó sobre sus espaldas: en ese sitio puede recibir herida...” (*Cantar de los Nibelungos*, canto XV).

rar, tendremos una evidencia lingüística de la fama que tenían en la Iberia post-romana los taimados políticos griego-bizantinos.³

Cambiando de asunto, puede también suceder que dentro de un grupo de amistades repentinamente se presente una “manzana de la discordia”: otra alusión a un conocido episodio de la mitología griega, en cuyo Olimpo abundaban las diosas hermosas y conscientes de sus encantos.

El Olimpo, por cierto, estaba presidido por Zeus, el tonante; pero llama la atención el detalle de que el supremo dios heleno naciera en la cumbre del monte Ida, en Creta, y solo más tarde haya establecido su divina morada en el Olimpo, en Tesalia. Con esto los griegos estaban reconociendo que su mundo cultural había comenzado en Creta, y mucho después fue cuando se desarrollaron las polis de la Grecia continental.

Es bueno recordar también que el mismo nombre de *Europa* está asociado con Creta. Europa, en efecto, era la hermosa hija de Agenor, rey de Tiro, en Fe-

3 No siempre el caballo es asociado con destrucción. Puede suceder inclusive, y es lo más probable, que alguien tenga también su “caballito de batalla”, o punto fuerte, con lo cual nos referimos a una costumbre de los caballeros medievales que, además del caballo que usaban para desplazarse en situaciones normales, tenían otro de particulares condiciones de fuerza y agilidad, que empleaban en las batallas. Por otra parte, cuando decimos que un motor tiene, por ejemplo, la fuerza de veinticinco caballos, estamos también haciendo referencia a siglos ya pasados, cuando el caballo era un animal frecuentemente empleado para labores de tracción. Ahora bien, cuando uno monta a caballo, puede “perder los estribos”; pero eso comenzó a suceder en Europa con la llegada de los bárbaros godos, quienes montaban a caballo con silla y estribos. En contraste, tanto los griegos como los romanos y demás pueblos europeos y mediterráneos antiguos no usaban tales implementos, sino que montaban directamente sobre el caballo y lo incitaban, no con espuelas, sino dándole talón, como puede verse en muchas representaciones antiguas; y por lo mismo, nunca perdían los estribos, pero sí podían perder el equilibrio y caerse del caballo, desde luego.

Al respecto, señalamos que los estribos se usaban en China y Japón desde hacía varios siglos antes de la era cristiana, y gracias a ellos los hunos de Atila pudieron atravesar Siberia y las estepas rusas y atacar los pueblos de Europa. Esos puntos de apoyo para los pies, en efecto, les daban una gran ventaja sobre las caballerías de los pueblos bárbaros europeos, que se apresuraron a imitarlos y, a su vez, así pudieron derrotar la caballería imperial romana. Sin embargo, a pesar de que el estribo es un invento de los pueblos mongoloides, la palabra “estribo” está relacionada con el germano *striban*, apoyo, y entró al castellano a través de los invasores Visigodos.

nicia; pero Zeus, que la vio en la playa, se prendó de ella y bajo forma de toro, la raptó y se la llevó a Creta, donde la hizo madre de Minos, Sarpedón y Adramante. De allí, que para los fenicios Creta se volviera la tierra de Europa, designación que solo en un momento posterior se extendió a la Grecia continental, a la vez que Zeus se mudaba para el Olimpo.

Desde su nueva residencia el divino Zeus, a quien la mitología griega presenta como muy enamorado e infiel a su hermana y esposa Hera, emprendía sus andanzas y aventuras amorosas, que lo hicieron padre de un sinnúmero de héroes y semidioses. Tal vez el más famoso de los héroes hijos de Zeus fue *Hércules* (a quien tuvo que llamar así, “Gloria de Hera”, para aplacar a su enfurecida consorte), pero que entre nosotros es más conocido con el nombre latino de *Hércules*. Zeus lo engendró en Alcmena, esposa de *Anfitrión*, rey de Tebas, quien lo había hospedado tan generosa y espléndidamente, sin imaginar el pago que le daría el divino visitante, y cuyo nombre todavía recordamos y actualizamos, aún ignorando su origen, cuando hacemos de *anfitriones* en alguna fiesta.

Pero volviendo a esos tiempos antiguos, lo cierto es que el cambio de residencia de Zeus desde el monte Ida, en Creta, al Olimpo, no fue del agrado de los Titanes, disformes gigantes aliados de Creta, que intentaron destronar a Zeus. Para ello procuraron trepar al Olimpo amontonando el monte Ossa sobre el Pelión, pero a todos ellos los fulminó el Tonante y los condenó a terribles castigos en el Hades heleno, y especialmente en el Tártaro, su punto más profundo, frío y oscuro. Entre los castigos más despiadados, se cuentan los que sufrieron Tántalo y Sísifo. El primero, condenado a eterna sed y hambre, ya que se halla sumergido hasta el cuello en el agua, que se retira cada vez que abre la boca para aplacar su abrasadora sed, mientras le cuelga sobre la cabeza un hermoso racimo de fruta que también es alejada por el viento, cuando intenta alcanzarla; y Sísifo, por su parte, condenado a empujar por una empinada ladera una enorme piedra, que se cae otra vez al fondo cuando el condenado ya está a punto de coronar la cuesta.

A este penoso trabajo aludimos con la expresión “esto es peor que el castigo de Sísifo”, para referirnos a una tarea cuyos pasos sucesivos quedan frustrados una y otra vez, obligándonos a comenzar el trabajo de nuevo.

En cuanto al castigo de Tántalo, quedó fuera del horizonte cultural del castellano, pero no del inglés, idioma en el cual *to tantalize* significa “atormentar con burlas”.

De todos modos, nos quedó el recuerdo de esos gigantes antiguos en el término “titánico” para referirnos a algo gigantesco o muy difícil y que exige esfuerzo sobrehumano. Así, hablamos de “un esfuerzo titánico”, “una obra titánica”, y se anuncia un decisivo juego de base-ball entre los Tigres de Detroit y los Marineros de Seattle, en que se enfrentarán dos pitchers criollos de alto desempeño como una “Guerra de Titanes” (*Meridiano*, 22-7-2009). Por eso mismo entendemos la intención con la que un enorme trasatlántico fue bautizado como *Titanic*⁴.

Por otra parte, el poderoso titán *Atlas*, o El Infatigable, fue condenado a sostener sobre sus hombros la bóveda del cielo. De él deberíamos acordarnos con agradecimiento cada vez que consultamos un *atlas*, porque ¿qué sucedería si el forzado titán se cansara y “se nos cayera el mundo encima”? Podemos dormir tranquilos, de todos modos, ya que, según asegura Ovidio, hace mucho tiempo que el héroe griego Perseo, molesto porque Atlas no lo hospedó con las consideraciones que le debía, transformó al titán en una alta montaña, sobre cuya cumbre, coronada de nubes, desde entonces se apoya el firmamento con todos sus astros. Esto sucedió en el occidente de África, donde todavía existe el monte *Atlas*, que así se llama, y además, el océano *Atlántico*, en el cual, según Platón, existió la antigua *Atlántida*, que fue tragada por el océano con todos sus pobladores, los *atlantes*, durante un pavoroso cataclismo.

Otra isla del Atlántico era la fabulosa Eritia, cerca de la actual Cádiz, donde el disforme Gerión, gigante de tres cabezas, poseía un hermoso rebaño de bueyes, que hacía cuidar por el gigante Euritión y el perro Ortus, de dos cabezas; pero llegó el poderoso Hércules, venció a Gerión, a Euritión y al perro Ortus, y se robó el ganado.

Por entonces, un istmo unía África con la península ibérica. Hércules, con un terrible porrazo de su cachiporra rompió el istmo y separó África de Europa, y así abrió una comunicación entre el Atlántico y el Mediterráneo.

La fuerza descomunal del héroe griego quedó para nosotros como un paradigma; y todavía decimos de alguien que tiene mucha fuerza que es un *hércules*, o que tiene una fuerza *hercúlea*. A propósito, no estará demás señalar que ya los romanos, en momentos de peligro, o como expresión de asombro, lo invocaban

4 No se confunda, el término “titánico” (τιτανικός) con el nombre del Titanio (del griego τιτανός, cal, yeso, mármol), elemento químico presente en las tierras arcillosas.

diciendo *Mehércules!*, es decir, ¡Que me (ayude) Hércules!, muy parecida a nuestra interjección eufemística: ¡*Miércoles!*

Tampoco está fuera de propósito apuntar que en el sitio donde antes se unían África y Europa, el héroe había levantado dos columnas, que se llamaban Calpe (en África) y Abila (en Europa), o simplemente, Columnas de Hércules; y sobre ellas grabó una seria advertencia para los hombres de mar, que en su versión latina rezaba: *Non plus ultra!*, es decir, No (procedas) más adelante!. Esta expresión seguimos utilizándola, pero con el sentido de “lo máximo”, como cuando decimos, por ejemplo: ¡Este deporte es el *non plus ultra* de la emoción!

Por su parte, los reyes católicos Fernando e Isabel no hicieron caso de la advertencia grabada sobre las Columnas de Hércules y apoyaron la expedición de Cristóbal Colón a las Indias Orientales navegando hacia occidente, gracias a lo cual se descubrió el Nuevo Mundo; y así cambiaron la vieja advertencia por *Plus ultra!*, que desde entonces quedó impresa sobre el escudo de España.

Hijo de Atlas fue Hespero (Ἑσπερος), que reinó en la actual España y era famoso por su justicia y su bondad. Según el mito, encontrándose una noche en la cumbre del monte Atlas observando los astros, fue arrebatado a los cielos por el viento; y el pueblo llamó *Hespero* al planeta Venus, que los romanos llamaron *Vesperus*, de donde nos vino la *víspera*, es decir, la hora en que Venus aparece en el cielo, al comenzar la noche.

Ahora bien, de Atlas, según unos o de Hespero según otros, nacieron tres hijas –otros quieren que siete–, conjuntamente llamadas Atlántidas o Hespérides (Ἑσπερίδες). Todos concuerdan en afirmar que habitaban en un jardín maravilloso, el Jardín de las Hespérides, cuyos árboles producían manzanas de oro, nacidas de las que Gea (Γαῖα), la Tierra, había regalado a Hera cuando esta se casó con Zeus; y para que nadie se robara las codiciadas frutas, había un dragón (δρακῶν) llamado Ladón, que cuidaba del jardín.⁵ Según Isidoro de Sevilla vivían en unas islas al oeste de Mauretania, que por ellas se llamaron Hespérides, o también Makaronesia (Μακαρονεσία), es decir, Islas Afortunadas; pero en esos tiempos en que el vulgo sabía muy poco de geografía, llamaban *Hesperia* a Italia, que queda al occidente de Grecia; y a su vez los italiotas aplicaron esta designación

5 S. Isidoro de Sevilla explica de la siguiente manera “el dragón” del mito: *Fertur enim ibi e mari aestuarium ádeo sinuosis latéribus tortuosum ut viséntibus prócul lapsus ángueos imitétur*; “se dice, en efecto, que allí existe un estero formado por el mar, con orillas tan tortuosas que para quienes las miran de lejos imitan las sinuosidades de una serpiente”. (*Ety-mologiarum libri*, Lib. XVII, 6).

la península ibérica, que los romanos llamaron *Hispania*, que a través de siglos de evolución fonética se volvió *España*. “Esa es la verdadera Hesperia- declara S. Isidoro de Sevilla-, y se llamó así por Héspero, la estrella que brilla en occidente”. Sin embargo, hasta el s. XIV también siguieron llamándose así las islas Canarias, como consta de una bula del Papa Clemente VI, quien concedió al príncipe Luis de la Cerda autorización para conquistar las *Hespérides*.

Prosiguiendo con el relato mitológico, las siete hermanas, cuando murieron, fueron llevadas a los cielos en grupo, y se colocaron delante de las rodillas de Taurus; y por ser tantas, se las conoce comúnmente como Pléyades (Πλειάδες), designación que procede de *πλειων*, “la mayor parte”, pero también como *Cabrillas* en castellano tradicional y en nuestros campos. Eran muy conocidas de los antiguos, ya que cuando desaparecían por el oeste en mayo, anunciaban a los griegos que las espigas estaban en sazón y se acercaba la hora de la siega; y cuando aparecían por el este a fines de octubre, era señal de que había llegado la hora de la siembra, y al mismo tiempo la estación del mal tiempo y el frío. Por su importancia para las labores agrícolas se acuñó el término cronológico *pleyón* (πλειών), que se refería al lapso de un año tomando como referencia a las Pléyades”.⁶

Añade S. Isidoro que “de las siete estrellas solo son visibles seis, y una está oculta.”⁷ Para ello hay que saber que las siete hermanas Hespérides se casaron todas con dioses o con mortales que llegaron a ser dioses, menos Merope, quien esconde su rostro por la vergüenza porque se casó con Sísifo, que no logró salir de la condición de simple mortal, y además fue castigado a pena perpetua en el Tártaro.

Aparte estas consideraciones mitológicas, ya en la época de Tolomeo Filadelfo se conocía como *La Pléyade* la agrupación de los siete mejores poetas alejandrinos. En este sentido el término siguió usándose a lo largo de la historia, especialmente en el campo literario para designar una “agrupación de poetas” de cierta orientación particular, especialmente si son siete en número; e inclusive en

6 Las Pléyades o Cabrillas eran la referencia cronológica básica también entre los indios de Orinoco. “En Las Cabrillas venideras te pagaré”, le decía un indio a su acreedor, para darle a entender que el año siguiente saldaría la deuda contraída. (P. Gumilla).

7 En realidad, las Pléyades no son solo siete, sino que con los modernos telescopios se cuentan por millares. Algunos astrónomos las consideran el centro de gravedad del universo.

el mundo artístico, ciertas agrupaciones encarecen su excelencia promocionándose como una “*pleyade* de estrellas”.

Pero volviendo al porfiado Sísifo que hemos dejado empujando la piedra cuesta arriba, es oportuno saber que en la poesía griega postclásica se lo designaba con el epíteto de *ταρταρουχος*, o habitante del Tártaro. Este término, con el paso de los siglos, se volvió *tortuga*, ya que el pueblo veía en estos animales, siempre “con su piedra auestas”, una representación de Sísifo.

No estará demás observar que la asociación de Sísifo con los quelonios tuvo que darse todavía en la época del imperio romano, a partir del s. II, ya que los respectivos términos en italiano y portugués (*tartaruga*), francés (*tortue*), inglés (*turtle* y *tortoise*) se remontan todos a la voz griega *ταρταρουχος*. No sucede así en rumano, cuya voz *testoasa* se deriva del latino *testudo*, tortuga, emparentada directamente con el castellano *testuz*.

Entre los titanes primitivos se destacó Prometeo, quien logró robar el fuego del Olimpo y se lo proporcionó a la humanidad, que desde entonces emprendió el largo camino del progreso y la cultura. No le gustó a Zeus la burla de Prometeo, y para vengarse le encargó a Hefesto, el dios cojo, que creara una mujer muy hermosa que la mitología griega conoce como *Pandora* (Πανδώρα), es decir, “La toda agraciada”. Epimeteo, hermano de Prometeo, sin pensarlo dos veces se casó con la bella y le dio a Zeus una oportunidad de oro para ofrecerle como regalo de bodas a Pandora un cofre cerrado, encareciéndole de que nunca lo abriera, so pena de grandes desgracias. Un día, sin embargo, Pandora no resistió a la curiosidad, y se atrevió a entreabrir con cuidado el cofre que le había entregado Zeus. En el acto salieron de él todos los males y los vicios, que se esparcieron por el mundo; y comenzaron así para la humanidad una seguidilla de calamidades que perduran hasta el sol de hoy, y llevan la de nunca acabar. Desde esos lejanos días pasaron muchos milenios, pero todavía mencionamos la *caja de Pandora* para referirnos a alguna posibilidad que, de ser actualizada, puede desencadenar una serie de acontecimientos imprevisibles, en general funestos.

Es evidente que en el mito de Pandora subyace algo del complejo machista griego, cuya actitud de asombro y desconfianza hacia el bello sexo también se revela en el mito de las amazonass, salvajes mujeres guerreras que los griegos con Heródoto suponían localizadas en las estepas rusas, es decir, en los límites geográficos de su mundo conocido.

Estas mujeres guerreras luchaban a caballo (de allí que todavía llamemos *amazonas* a las damas que simplemente montan a caballo); al mismo tiempo, según los griegos, estas hembras belicosas les quemaban a sus niñas una tetilla, para que así no se les desarrollara el seno derecho, y cuando adultas pudieran manejar con más soltura el arco, su arma preferida. Esta circunstancia explica la etimología del término *amazona*, es decir, mujer “sin (un) pecho”.

Muchos siglos más tarde, en los primeros tiempos del descubrimiento de América, se creyó ver también en nuestro continente unas tribus de mujeres guerreras, y Francisco de Orellana precisamente por eso le puso nombre al “río de las Amazonas”, aunque las belicosas damas que se le enfrentaron a lo largo de ese río no montaban a caballo y tenían bien puestos ambos pechos.

Por cierto, el viaje de Orellana desde Perú al Atlántico a través del río de las Amazonas fue “toda una *odisea*”, comparable al accidentado recorrido de Ulises para regresar desde Troya a su amada Ítaca. Por eso, seguimos hablando de él como una *Odisea*, como dijo Homero, por el nombre griego de Ulises, es decir, Οδυσσεύς, el héroe del relato, si bien en la actualidad entendemos como *odisea* todo viaje largo y azaroso, lleno de percances, peligros y peripecias. Al mismo tiempo, el nombre de ese astuto guerrero y esforzado capitán de navío inspiró el nombre de *Nemo*, el famoso capitán del Nautilo en una la novela de Julio Verne. Para entender esto, hay que recordar que cuando el cíclope Polifemo le preguntó a Ulises cómo se llamaba, este hizo un juego de palabras y le contestó en griego que Ουδεις, es decir, *Nadie*; término que precisamente en latín se traduce como *Nemo*.

Gracias a la odisea de Ulises, todos también estamos enterados de lo peligroso que es hacerles caso a los “cantos de las Sirenas”, que con sus melodiosas voces embaucan y atraen a los incautos hacia peligros mortales. Ulises, sin embargo, logró sortear exitosamente también estas acechanzas, dirigiendo con firmeza su nave en forma tal que ni se acercara demasiado al monstruo marino Escila y tampoco a Caribdis (a pesar de que el primero logró arrebatarle seis compañeros), y finalmente, tras superar muchas otras pruebas y contrariedades, pudo regresar a la patria.

No tuvieron la misma suerte otros valerosos guerreros griegos, y entre ellos el propio Aquiles, quien le prometió como sacrificio a Poseidón, si le concedía un feliz regreso a su amada Ftía, una “hecatombe *perfecta* de cincuenta bueyes”. Sin embargo, Poseidón, que entendía muy bien que una “hecatombe perfecta” consta de cien (ηκκατον) bueyes, no se dejó birlar por el taimado hijo de Peleo,

cuya súplica no fue atendida. De todos modos, aún hoy, seguimos hablando de una *hecatombe*, para referirnos a una gran matanza, aunque no sea precisamente de bueyes ni exactamente de cien individuos.

Nos queda en castellano otra reminiscencia del fogoso Aquiles, a quien Homero apoda ποδωκης, es decir, “de pies veloces”. Este mismo epíteto, en boca de los colonos griegos que, varios siglos antes de Cristo, se habían asentado en la península ibérica, sirvió para designar una raza de ágiles perros de caza, que hoy conocemos como *podencos*: versión hispana del homérico ποδωκης.

A esos mismos colonos griegos debemos otros términos homéricos, como *cara* (καρα) y *liso* (λισσος); pero, además, la voz *cama* (χαμαι, en tierra). Este último se explica, si pensamos que los primitivos iberos no dormían en lechos, sino sobre esteras tendidas en el suelo o sobre amasijos de hojas o de hierba. Pero además, S. Isidoro de Sevilla nos informa que de *cama* se derivó *camisia*, es decir, “la ropa que nos ponemos cuando nos acostamos en las *camas*, es decir, nuestras yacijas”. Del nombre latinizado de esas prendas que los antiguos iberos se ponían de noche para abrigarse del frío, resultó la designación de nuestras *camisas* modernas.

Otra palabra muy significativa de origen griego es *silo* (σιφος), a saber, esos pozos sellados en que los antiguos almacenaban los granos para defenderlos de los roedores. Es el caso, sin embargo, que los silos no se usaban en Grecia, sino en Tracia y en Asia Menor; pero el asunto se explicará satisfactoriamente si recordamos que los pobladores griegos de España y el sur de Francia fueron en su mayoría habitantes de la ciudad jónica de Focea, que huyeron en masa ante la avanzada de los poderosos persas. *Focea*, Φωκεια, de paso, significa “Lugar de focas”, φωκη, animal antiguamente abundante en todo el Mediterráneo, y hoy casi exterminado.

En asociación con esto, podemos también imaginarnos la satisfacción de los descendientes de esos prófugos de Focea, al ver representada la obra *Los Persas*, de Esquilo, en la cual se hace burla de los poderosos y derrotados enemigos, cuyo nombre original, *Paras* o *Phares* derivó finalmente en la *farsa* castellana.

Está demostrado arqueológicamente que los colonos griegos en España conservaron muchas costumbres de sus metrópolis. Entre ellas destacaban las competencias *atléticas*, en las que rivalizaban entre ellos mismos, o contra los bárbaros iberos locales. En estos casos, sin embargo, podemos sospechar que los árbitros solían favorecer a los *atletas*, αθληται o infatigables, griegos, como lo

demuestra la apalabra *bribón*, es decir, tramposo o pícaro, que procede de los términos griegos βραβευς o βραβευων, árbitro, o el que arbitra. Al mismo tiempo, el público emocionado aupaba a sus competidores favoritos y reclamaba para ellos el premio gritando ¡bravo!, o ¡bravío!, palabras que también se originaron de un término griego, como es βραβειον, premio.

A esos antiguos colonos griegos y a sus relaciones comerciales especialmente con Atenas, debemos también la palabra *plata*, que inicialmente designaba las monedas acuñadas (πλαττα), y luego pasó a significar el metal con que estaban hechas y que se extraía en gran cantidad en las minas de Iberia. Por cierto, no siempre las monedas fueron de plata. Al contrario, especialmente en Roma, al comienzo fueron de cobre, y así lo entendemos cuando alguien nos pregunta: “¿Dónde tienes los cobres”?

Sin embargo, Creso, rey de Lidia, famoso por su proverbial riqueza, ya que, según dicen, todo lo que tocaba se volvía de oro, en el 635 antes de Cristo había acuñado las primeras monedas de ese metal, que eran de forma ovalada. Eso dio pie para que los fantasiosos griegos comenzaran a decir que Creso tenía una “gallina de los huevos de oro”, expresión que todavía usamos para designar una prodigiosa *f fuente de riqueza*.

Siguiendo su ejemplo, en el año 595 antes de Cristo, la ciudad e isla griega de Egina acuñó las primeras monedas de plata, de forma redonda, pero muy pronto serían desplazadas en los trámites comerciales por las didracmas de Atenas. Estas monedas, con propiedad, eran las que se designaban como πλαττα, ya que en el dialecto ático se pronunciaban con ττ (πλαττω, plasmar, acuñar) las palabras que en el griego general tenían σσ (πλασσω). Las didracmas atenienses, además, tenían representada en la cara una lechuza, ave predilecta de Atenea, patrona de Atenas y diosa de la sabiduría. De allí que todavía hoy esa ave nocturna se asocie con la ciencia, con tanta más razón cuando es cierto que muchos se desvelan para dedicar al estudio las horas de la noche.

Pero volviendo al cobre, este término en latín era *aes, aeris*, que está en la base de nuestro *erario*, o “depósito de los *cobres* públicos”. Por otra parte, las grandes minas de cobre de la antigüedad se encontraban en la isla de Chipre (Κυπρος); por tal razón, durante la época imperial se empleó la expresión *aes cúpreum*, es decir, cobre chipriota, a partir de la cual con el uso se originó el sustantivo *cuprum*. De este neologismo latino procede en línea directa nuestra voz *cobre*, al igual que el francés *cuiivre* y el inglés *copper*. En cambio, las equi-

valentes voces italiana (*rame*) y rumana (*arama*) se remontan ambas al vocablo tradicional latino *aeramen*, “objeto de cobre”.

Las monedas favorecieron en gran manera el comercio. Sin embargo, debido a que cada ciudad que se preciara, acuñaba sus propias monedas con diferentes pesos y valores, junto a los mercados y en los puertos se establecían los cambistas sentados en un “banco” y ante una “mesa de dinero”⁸, a fin de facilitar las transacciones en moneda local, y echaban las otras en un cesto (*fiscus*). De aquí procede el sentido del *fisco* moderno, que recauda y “pone en una cesta” los aportes monetarios de los contribuyentes, a la vez que los *fiscales* se encargan de que nadie evada sus obligaciones *fiscales* con el estado.

El *fisco* fue un invento romano; y para la época imperial las monedas romanas se acuñaban en el templo de Juno *moneta* o consejera, cuyo epíteto está en la base de la *moneta* italiana, de la *moneda* castellana y rumana, de la *moeda* portuguesa, de la *monnaie* francesa y del *money* inglés. La circunstancia de que en todas estas lenguas, que se originaron dentro de los linderos de lo que fuera el imperio romano, la palabra que exprese “dinero acuñado” se remonta al mismo término latino, supone que este era de uso general en boca de los latinohablantes desde el siglo I de la era cristiana.

Pero retrocediendo a los viejos tiempos homéricos, aproximadamente un milenio antes de nuestra era, en todo el mundo mediterráneo la unidad monetaria generalmente reconocida era el valor de un buey. Así lo declara Homero, quien informa que la armadura de Menelao estaba valorada en “nueve bueyes”.

Los romanos, por su parte, llamaban al ganado *pecus*, que originó la voz *pecunia*, dinero, cuyo significado reactualizamos cuando estamos considerando el valor “pecuniario” de cualquier objeto que nos disponemos a vender o a comprar.

Muy pronto, sin embargo, los fenicios, en sus viajes comerciales, no encontraron práctico cargar de ganado sus barcos para las transacciones de ultramar e idearon como solución alternativa fundir unas piezas de cobre del valor de un buey. A estas piezas, de 50-60 cm de largo, les dieron forma rectangular alargada en los cuatro extremos, a imitación de una piel de buey estirada, y las llamaron *byrsa*, piel de buey.

8 Recuérdese la escena de Jesús en el templo de Jerusalén tumbando las mesas de los cambistas (Mt. 21, 12-17; Mc. 11, 15-19; Lc., 19, 45-48; Jn. 2, 14-25).

De este término se derivó el castellano *bolsa*, que inicialmente designaba solo las bolsas de cuero que se usaban para llevar el dinero. Por tal motivo, los asaltantes del pasado, intimidaban a sus víctimas: ¡La *bolsa* o la vida!

Posteriormente, con el cambio de las modas, las “bolsas” se incorporaron a las prendas de vestir y se llamaron *bolsillos*, porque en general son más pequeños que una bolsa o un bolso.

En idiomas como el francés y el italiano se llama también “bolsa” (*bourse d' études*; *borsa di studio*) lo que en castellano designamos como *beca*, es decir, una subvención económica para estudiantes pobres o que son premiados monetariamente por su buen desempeño.

A partir del s. XVI, en Bélgica comenzó también a llamarse “bolsa” un local donde se reunían los comerciantes para realizar sus transacciones de compra-venta. El origen del nombre acaso se deba a que en la fachada de ese edificio estaban grabadas tres bolsas; y precisamente hasta hoy se llaman *bolsas* los grandes centros financieros del mundo, donde se realizan las más importantes transacciones económicas.

De todos modos, no estará demás señalar que *bolsa* puede también ser una persona sin recursos, es decir, con bolsa, pero vacía.

Entre las monedas griegas, una era el óbolo, ὀβολός, que valía 15 centavos de dracma, y la mayor cantidad del sistema monetario era el talento, *ταλάντων*, que en la Atenas clásica equivalía al valor de 6000 dracmas de plata. Pues bien, era tradición poner en la boca de los difuntos un óbolo, para que con él le pagaran el pasaje a Caronte, el barquero que llevaba las almas de los fallecidos al otro lado del río Styx, es decir, al descanso del Hades. En la actualidad, según nuestra visión cristiana de ultratumba, Caronte está reemplazado por S. Pedro, a quien Jesús entregó “las llaves del reino de los cielos”. De allí que la colecta anual que se hace en las iglesias para ayudar a sostener económicamente al Vaticano, se llame oficialmente “*óbolo* de S. Pedro”, en el fondo con la misma intención de congraciarse al guardián de ultratumba para que, cuando llegue el caso, permita el paso al “reino de los cielos”.

En cuanto al *talento*, luego del sentido que le dio Jesús en la parábola referida en Mat. 25, 14, tomó en nuestro mundo un sentido metafórico, y hoy decimos corrientemente de alguna persona que tiene muchos *talentos*, o muchas buenas cualidades. Otra palabra derivada de talento es *talante*, en general con

sentido despectivo, como cuando se dice de alguien que tiene *mal talante* o mal carácter.

Volviendo al mundo griego, podríamos también hablar del mítico Narciso, el hermoso joven que, al verse reflejado en un pozo de agua cristalina, comenzó a desvelarse en amores por sí mismo, hasta que no resistiendo más el deseo de amor, se lanzó al agua tratando de atrapar entre los brazos su propia imagen, y se ahogó. Los dioses, compadecidos, lo transformaron en un *narciso*, la hermosa flor tan cantada por los poetas; y al mismo tiempo de su nombre se originaron los conceptos y términos psiquiátricos modernos de *narcisismo* y *narcisista*.

De la poetisa Safo, natural de la isla de Lesbos, surgieron las voces *lesbiana* y *lesbianismo*.

Aracne era una hábil tejedora, que tejió una tela tan fina y exquisita, que derrotó en un desafío a la propia Atenea, quien la transformó en una *araña*, y su delicada labor en una *tela-de-araña*.

Iris era la mensajera personal de Zeus, y cuando bajaba a la tierra con alguna embajada, tendía un arco de luz multicolor, que todavía conocemos como *arcoiris*.

Por Morfeo, Μορφεύς, dios griego del sueño y de los sueños o de las “formas” (de μορφή, forma), tomó nombre la morfina, que se emplea para anestesiarse a los pacientes que van a ser intervenidos quirúrgicamente.⁹

Morfeo no debe confundirse con Orfeo, Ορφεύς, extraordinario músico y tocador de lira, que con sus versos y melodías no solo embelesaba a los agrestes hombres de entonces, sino que encantaba los animales, las plantas y las mismas piedras. Se cuenta, en efecto, que las murallas ciclópeas de la ciudad de Tebas, en Beocia, fueron construidas por Orfeo quien, tocando su lira, hacía que las piedras fueran a colocarse una a una en el sitio conveniente.

Los *orfeones* modernos son continuadores de la benéfica labor culturalizadora de su antiguo mentor el cual, por cierto, no era griego, sino tracio.

Por lo demás, si hubo entre los dioses del Olimpo uno que fuera como el prototipo del hombre griego idealizado, ese era Febo, Φοίβος, joven, hermoso, atlético, amante del arte y de la música y al mismo tiempo certero matador de

9 Tanto anestesia, de αν-αισθησια (falta de sensibilidad), como quirúrgico, de χειρουργικός (intervención manual) son términos de origen griego.

la enorme serpiente Pitón, Πυθων, de Delfos, ciudad que a partir de entonces se volvería la sede de su oráculo más famoso, atendido por una medium femenina, la pitonisa, Πυθια, término que todavía empleamos para designar a una mujer con dones de videncia, nombre con el cual se la conoce generalmente.

Por Apolo *Délfico* fueron nombrados los inteligentes y juguetones *delfines*, δελφίνοι, tal vez por el reconocido amor a la música de estos animales.

Apolo residía en el monte Parnaso, Παρνασος, al norte de Delfos; y como era el protector de la música y la poesía, en siglos posteriores el término Parnaso sería uno de los preferidos para denominar clubes de poetas y movimientos poéticos.

Junto a Apolo en el Parnaso, y en los vecinos montes Helicón y Pierio, tenían su morada las nueve Musas, Μουσαι, cada una protectora de una actividad intelectual, científica o artística; eran consideradas divinas, y como tales honradas en Atenas en un templo llamado Museo, Μουσειον. Además, todo poeta, al iniciar su poema, especialmente si de asunto empeñativo, solía invocar a Polimnia, Πολυμνια, la musa de la poesía, o musa por excelencia, pidiéndole inspiración, como lo hiciera Homero al comienzo de la *Iliada* con los famosos versos: “Cántame, oh *Diosa*, del Pelide Aquiles la ira funesta, que tantos daños causó a los aqueos...”, o más explícitamente al empezar la *Odisea*: “Háblame, oh *Musa*, del hombre ocurrente que muchísimo vagó, luego de asolar la sagrada ciudadela de Troya...”.

Entre todas las divinidades griegas, tal vez las más queridas fueran las tres Gracias, Aglae (la Espléndida), Talía (la Prolífica) y Eufrosine (La Felicidad), que derramaban sus beneficios sobre los hombres. Se representaban como tres doncellas tomadas de la mano y danzando en círculo; y todavía hoy, al ver juntas a tres muchachas *agraciadas*, suele llamárselas galantemente “las tres Gracias”¹⁰.

En la mitología griega también abundaban los seres fantásticos, algunos de los cuales recordamos todavía hoy. Por ejemplo, Pegaso, el caballo alado; Medusa, la hechicera con cabellera de serpientes y mirada petrificante, y que hoy conocemos como un animal marino de largos tentáculos urticantes; las Harpías, asquerosas aves de rapiña con rostro de mujer, y cuyo nombre hoy se perpetúa en el del águila *harpía*, la más grande y temible rapaz de Sudamérica; la *Esfinge*,

10 En este caso, el nombre original griego, χάρις, gracia, fue sustituido por el equivalente latino, *gratia*, pero la expresión “las tres Gracias” sigue aludiendo a un concepto de la mitología griega.

enigmática y misteriosa, que los mismos griegos obtuvieron de Egipto; la *Quimera*, animal con tres cabezas, a saber, de león, de cabra y de serpiente, que hoy es sinónimo de cosa imposible; y el feroz e implacable *Cancerbero*, con cincuenta cabezas y “broncínea voz”, según Hesíodo, y encargado de cuidar la entrada del más allá, e impedir que nadie desde allá regrese a nuestro mundo sublunar.

Es el caso, en efecto, que para los griegos antiguos todo el universo estaba poblado de espíritus. Los había masculinos, como los retozones y burladores *sátiros*, que todavía recordamos con las *sátiras* y las palabras *satíricas*. Ellos constituían el séquito de *Pan*, cuyo instrumento preferido era precisamente la *flauta de Pan*, y causaba un terror *pánico* a quienes se adentraban por los bosques sin congraciárselo, y además al ganado que, sin razón aparente, a veces huía en estampida. Además, los atenienses aseguraban que en la batalla de Maratón contra los persas, el mismo Pan luchó a favor de los ellos, infundiendo el *pánico* en los invasores persas, con la particularidad de que, apenas terminado el combate, un soldado salió corriendo para llevar a Atenas la noticia de la victoria, muriendo exhausto al llegar; pero determinó la distancia reglamentaria del *maratón* olímpico, que fue establecido como prueba oficial a partir de las Olimpiadas de París en 1900.

Los equivalentes femeninos de los sátiros eran las *ninfas*, que se distinguían en *Nereidas* (hijas del dios marino Nereo) y habitaban en los mares, *Náyades*, ninfas de los manantiales y ríos, y *Driadas* o *Hamadrias*, ninfas de los bosques. Estas últimas propiamente, eran las que, junto con los sátiros, constituían el séquito de Pan, y con su comportamiento dieron origen al concepto moderno de la *ninfomanía*, que caracteriza a las mujeres con un obsesivo deseo sexual.

Por cierto, una de estas ninfas fue *Cirene*, y de ella se enamoró Apolo, al verla luchar contra un león en los bosques de Tesalia. Por eso la montó en su carro de oro y la llevó al norte de África, donde los leones abundaban. En su honor se fundaría la ciudad de Cirene, que siglos más tarde sería patria de Simón el *Cireneo* o *Cirineo*.

Otra ninfa, de la cual todavía nos acordamos, es *Calipso*, La Retraída, quien en su isla de Ogigia, en el mar Jónico, dio hospitalidad al naufrago Ulises y con sus encantos lo retuvo por siete años. Hoy en día su nombre designa un cadencioso ritmo de las islas del Caribe.

Por cierto, que en griego clásico, como *ninfa* se conocía también a la novia, *νυμφη*, mientras el novio era *νυμφιος*, (de donde procede el castellano *novio*) y

el padrino de bodas el paraninfo, παρανυμφος. Modernamente en algunas universidades *paraninfo* es el salón donde se efectúan los actos académicos.

Por otra parte, si cursa estudios o dicta clases en un *liceo*, recuerde que en Atenas *Liceo* era un templo dedicado al dios Apolo bajo la advocación de Λυκειος, o dios protector contra los lobos. Si este término tomó para nosotros el significado de “lugar de estudio”, fue porque Aristóteles precisamente escogió el parque de ese templo como su lugar de enseñanza; y como exponía sus doctrinas paseando con sus discípulos, su filosofía se conoció como *peripatética*, o “de los paseantes”.

Platón, en cambio, había enseñado en unos terrenos próximos al gimnasio de Academo. Por esta razón su escuela, que de hecho fue la primera universidad del mundo occidental, se llamó *Academia*. Todavía hoy existen las *academias*, especializadas en diferentes disciplinas, y sus miembros se conocen como *académicos*. A Platón, además, se le debe el concepto de *utopía* y *utópico*, para designar organizaciones y situaciones tan perfectas que son imposibles de realizar; y a nivel personal dio origen al concepto de *amor platónico*, contrapuesto al amor *erótico*.

En cuanto a las denominaciones de las diferentes filosofías, son todas de origen griego: tanto los *cínicos*, o perrunos (κυνικοί), que en su expresión extrema originaron nuestro concepto de *cinismo*; y también los *estoicos*, así llamados porque se reunían en un pórtico (στοα) adyacente a la plaza del mercado en Atenas, y hacían de la fortaleza o *estoicismo* ante las adversidades su principal consigna moral. Al contrario, los *epicúreos*, siguiendo las orientaciones de Epicuro, propugnaban la búsqueda del placer como sumo ideal humano y rehuían de toda disciplina académica.

Pitágoras, por su parte, se dedicó al estudio de las matemáticas e ideó la *tabla pitagórica*, que está en la base del cálculo primario. Además, elaboró una teoría de la *música*, con sus *melodías* y *ritmos*, y de la *acústica* o de los sonidos, hablaba de la *armonía* de las *esferas* celestiales, aceptaba la reencarnación o *metempsicosis* y sostenía que la tierra era *esférica*, contra la opinión generalizada de sus contemporáneos. Él rechazó para sí la designación de “sabio” (σοφος), como se llamaban entonces los que se dedicaban al estudio de la sabiduría, y prefería que se le dijese *filósofo*, o “aficionado a la sabiduría”, término que desde entonces adoptaron para sí todos los que investigan la esencia de las cosas. Como los demás pensadores griegos, para él también el universo merecía el nombre de *cosmos*, κοσμος, o hermosura, como todavía decimos hoy; pero, además, se

adaptó el término *cosmético*, tanto para indicar los artículos de tocador de las damas, como el hecho de retocar y embellecer cualquier cosa que no haya quedado bien.

Entre los discípulos de Pitágoras se destacaron los astrónomos, que reconocían en el cielo las estrellas fijas, los *planetas*, o vagantes (entre los cuales colocaban el sol), los *cometas* o melencidos y las *galaxias*, o lechosas, y muchas otras, a las que pusieron nombres, en general de personajes y animales míticos y que todavía mantienen los astrónomos modernos.

Pero volviendo al ámbito filosófico, entre tanta diversidad de opiniones de los sabios, surgieron finalmente los *agnósticos*, que declaraban no saber nada, los *escépticos*, o escarbadores, que trataban de buscar la verdad entre tanta diversidad de opiniones, y los *eclécticos*, o seleccionadores, que se conformaban con crear su propia visión escogiendo a gusto entre las opiniones distintas de otros. Hubo también quienes se preocuparon por desarrollar las leyes de la *lógica* o del razonamiento, y la *crítica*, o capacidad de juzgar, detallando todas las formas posibles de *silogismos*, o combinaciones de ideas, y enfatizando lo *lógico* o razonable, como prueba de verdad. Estos principios eran muy importantes para disputar con abogados o pensadores rivales en caso de presentarse *polémicas*, o combates, y por eso desarrollaron la enseñanza de la *retórica* y una gran habilidad *dialéctica* y se volvieron grandes razonadores o *sofistas*, capaces de afirmar una cosa y acto seguido demostrar exactamente lo contrario de lo que acababan de decir, por medio de *sofismas*, o verdades aparentes, concepto que comprendemos perfectamente también hoy en día.

Por las experiencias organizativas de las sociedades griegas, todavía hoy, como entonces, conocemos lo que es una *polis*, la *política* y la *policía*, al igual que los conceptos de *oligarquía*, *plutocracia*, *democracia*, *tiranía*, *anarquía* y de la *hegemonía* de una u otra clase social o de tal país. Asimismo, hablamos de *estrategias* organizativas, y decimos de esta o aquella persona que es un verdadero *estratega*, pero no forzosamente militar, como era al comienzo (por στρατια, ejército), sino en cualquier ámbito de la actividad humana.

Entre las colonias griegas se destacó Siracusa, en Sicilia, que en el s. V a. de C. fue gobernada por una serie de *tiranos*, que la llevaron a adquirir un gran poder político y militar, por sus luchas contra los cartagineses y la decisiva victoria contra los etruscos. El máximo poder se alcanzó bajo Dionisio I quien, luego de derrotar en el 397 a. de C. a los cartagineses, que habían llegado hasta las murallas de la ciudad, hizo de Siracusa la más espléndida polis del mundo grie-

go. Entre sus cortesanos se encontraba Damocles, quien no dejaba pasar ocasión para exaltar la grandeza de su *señor* (eso es lo que significa “tirano”) y ponderar la felicidad de un hombre tal, que podía disfrutar de un poder semejante. Dionisio, en aparente agradecimiento por las rendidas alabanzas de su cortesano, lo invitó a participar en un espléndido banquete, y lo hizo acomodar debajo de una espada colgada de una crin de caballo. Ante las protestas del invitado, Dionisio le respondió que él, esa espada la tenía sobre su cabeza todo el tiempo. Hoy todavía recordamos este episodio y seguimos hablando de la “espada de Damocles”, expresión con la cual pretendemos aludir a los peligros inherentes al ejercicio de la autoridad, o a los riesgos implícitos en ciertos ofrecimientos aparentemente favorables para la persona.

Por su parte, Esparta, capital de la Laconia, gracias a la hazaña de Leonidas y sus trecientos hoplitas enfrentados a todo el ejército persa en las Termópilas, nos legó el concepto de *espartano*, o soldado recio y heroico y, concretamente en Venezuela, la designación del estado *Nueva Esparta*. Además, por la manera parca y sentenciosa de hablar de sus habitantes, se forjó el término *laconismo*, o concisión expresiva.

La ciudad griega-italiana de Síbaris nos llegó el concepto de *sibarita*, o amante del placer y la sensualidad.

El eco de las leyes impuestas en Atenas por el aristócrata Dracón resuena todavía en el concepto de legislación *draconiana*, que se usa todavía hoy, para referirse a leyes sumamente crueles y severas.

Por las muchas y cerradas vueltas que da el río Meandro, en Asia Menor, antes de desembocar en el golfo de Mileto, su nombre quedó para designar los *meandros* que forma cualquier río en su recorrido.

La tierra blanca alcalina que se halla en las proximidades de la ciudad de Magnesia, siempre en Asia Menor, es la materia prima para elaborar la muy conocida “leche de *Magnesia*”.

Del nombre de Magnes, según dicen, un antiguo pastor que cargaba zapatos con clavos de hierro y cierto día se sintió pegado a una roca cerca de donde apacentaba su rebaño, nos quedó el nombre de *magneto* para las piedras que atraen el hierro, y el término *magnetismo* para referirnos a los fenómenos de atracción de todo tipo.

Algo parecido sucedía con el *electrum*, *ελεκτρον*, o resina fósil de pino, que, al ser frotada, atraía no el hierro, sino varios objetos ligeros de distinta índole. Su mismo nombre se usó para denominar unos elementos del *átomo*, los *electrones*, y además, está en la base de la voz *electricidad*, *electrificación*, *electrocutar* y sus derivados.

El nombre de Afrodita, diosa del amor, nos suministra los *afrodisíacos*, y Eros, nombre griego de Cupido, los sentimientos *eróticos*.

De *Mnemosyne*, la Memoria, obtuvimos en castellano tanto la *amnesia*, como los recursos *mnemónicos* para combatirla.

Un momento muy importante dentro de la evolución de la cultura griega fue el Helenismo, cuando lo griego se internacionalizó gracias a las fulmíneas conquistas de Asia y de Egipto por parte de Alejandro Magno.

Esa expansión, según la leyenda, fue posible gracias a que el joven rey logró romper el “nudo gordiano”, expresión que aquí se debe tomar al pie de la letra. En efecto, en Gordio, capital de Frigia, en Asia Menor, se encontraba el antiguo carruaje del rey Midas, famoso y envidiadísimo porque lograba convertir en oro todo cuanto tocaba. Un nudo sumamente complicado unía ese carruaje a una correa; y según un oráculo, el que lograra deshacer ese nudo podría conquistar toda Asia. El impetuoso Alejandro, dejándose de enojosas dilaciones, con un tajo de su espada desbarató el *nudo gordiano*, y eso le abrió las puertas de Asia, como sucedió en efecto.

Este episodio se recuerda todavía cuando designamos como “nudo gordiano” una grave dificultad que se interpone al logro de un objetivo y que para vencerla exige mucha determinación.

Finalmente, murió Alejandro, y el inmenso territorio conquistado fue repartido entre los generales del joven rey, que originaron varias dinastías unidas entre sí por el común origen y el idioma griego, que se sobrepuso como lengua oficial común, o *κοινή διαλεκτος*, sobre los distintos idiomas regionales.

Unos 50 años más tarde, hacia el año 280 a. de C., mientras los antiguos generales de Alejandro o sus sucesores estaban ocupados en consolidar el poder en las regiones donde se habían establecido, la ciudad de Roma, en franca fase expansionista, empezaba a poner los ojos sobre las prósperas ciudades de la Magna Grecia, en el sur de Italia. Algunas de estas pidieron ayuda a Pirro, rey de los molosos, en Epiro, para que las auxiliara contra las pretensiones de la aguerrida

vecina del noroeste. Acudió, en efecto, Pirro, con un fuerte contingente y veinte elefantes, y obtuvo un par de victorias sobre los romanos, aterrorizados por los “bueyes lucas”, a los que veían por primera vez; pero fueron tantas las pérdidas de Pirro, que exclamó: “¡Otra victoria como estas, y estamos perdidos!”. De tales palabras surgió el concepto de “victoria *pírrica*”, o como las de Pirro, que todo militar exitoso procura evitar, pero que el idioma recuerda después de más de dos mil años.

Por lo demás, la época helenística fue muy prolífica en manifestaciones tecnológicas y artísticas asombrosas, algunas de las cuales se contaron entre las maravillas del mundo antiguo.

Por ejemplo, a la entrada del puerto de Alejandría se construyó sobre un islote una enorme torre, sobre cuya cúspide, cada noche, se encendía una gran hoguera, para que guiara los barcos que se dirigían hacia el puerto. El nombre del islote era *Pharos*, Φαρος, que se generalizó, y hoy en día designamos como *faro* cualquier torre o torrecilla que cumpla el mismo oficio de orientar, tanto barcos como aviones; e inclusive lo usamos metafóricamente para decir de alguien que es como un *faro*, o señal luminosa, para orientar espiritualmente a los individuos o las instituciones.

En la isla de Rodas, también famosa por su intensa actividad comercial, y donde además se rendía un culto especial al dios Sol, se levantó una enorme estatua de bronce que representaba a este dios, con las piernas divaricadas, una a cada lado de la entrada del puerto, con una corona de rayos, y levantando el brazo derecho con una antorcha en la mano. Por dentro una escalera subía hasta la cima, y cada noche se encendía una fogata en la antorcha, para orientar los barcos que se dirigían al puerto. Esta obra, que dos mil años más tarde serviría como inspiración para la estatua de la Libertad, en Nueva York, se conocía como El Coloso, Κολοσσος, nombre que también se vulgarizaría para indicar toda estatua o inclusive persona gigantesca. De hecho, el emperador Nerón, en los jardines de su mansión hizo también erigir una estatua enorme que lo representara, y que igualmente se conocía como *Colossus*. A la muerte del emperador, sin embargo, la estatua fue derribada, y en ese sitio se construyó un enorme circo, cuyo nombre oficial fue *Amphitheatrum Flavium*, pero el pueblo, recordando el coloso de Nerón que existiera allí anteriormente, le decía *Colossaeum*, o sea, Coliseo, Circo *Colosal*.

Otra maravilla arquitectónica de la antigüedad fue el exquisito y elaboradísimo monumento fúnebre que se le erigió en Halicarnaso al rey Máusulo, y que

obviamente se llamó *mausoleo*, *μαυσολαιον*, cuyo nombre, una vez más, quedó para designar cualquier monumento fúnebre grandioso y artístico.

Una cuarta maravilla fueron las pirámides de Egipto; y aunque estas propiamente no eran obra de los griegos, sin embargo, hoy seguimos llamándolas *pirámides*, voz derivada de *πειραμιδες*, que era como les decían los griegos.

En la investigación científica se destacó Arquímedes de Siracusa quien, al descubrir la ley de flotación exclamó su famoso *Ευρηκα!*, *¡Heureka!*, “(la) he hallado”, que todavía repetimos hoy como interjección de sorpresa ante un hallazgo.

En Grecia nacieron la filosofía racional, tanto en sus ramas *física*, como *metafísica* y *ética*, y las ciencias; y al igual que entonces, todavía hoy hablamos de: *cosmografía*, *geografía*, *geometría*, *biología*, *historia*, *aritmética*, sin pasar por alto la *gramática*, o estudio de las letras, con sus subdivisiones de *fonética*, *morfología*, *sintaxis*, *semántica* y *etimología*.

Los *poetas* se distinguieron en *épicos*, *líricos* y *dramáticos*, según sus poemas se declamaran, se cantaran con acompañamiento de lira, o se representaran, y las diversiones sociales favoritas eran espectáculos representados en el *teatro*, a través de actuaciones que se diferenciaron en *tragedia* y *comedia*, cada una con sus *hipócritas* o actores, siendo siempre el más importante el *protagonista*, mientras un *coro* y una *orquesta* o grupo de baile acompañaba y enfatizaba la acción que se estaba representando en la *escena*. Desde luego, la tragedia era siempre de asunto *trágico*, cuya representación o *drama* solía subir en intensidad hasta llegar al *clímax* con la muerte del héroe, y se representaba en las fiestas de Dioniso, *Διονυσος*, con motivo del sacrificio de un macho cabrío o *τροργος*, de donde tomó nombre; mientras la comedia era una representación burlesca y pueblerina, muy del gusto de los *cómicos*, o pobladores de las aldeas, o *κωμη*, e ideal para que en ella se lucieran los *mimos*, *μυμος*, o imitadores, con sus *mímicas* y *pantomimas*. A estas diversiones las presidía *Momo*, *Μωμος*, el dios de la risa, junto a Dioniso o Baco, inventor del vino.

Siempre en la época del helenismo, como reacción al refinamiento y artificialidad de la vida en las polis, surgió la poesía *bucólica* o campestre y pastoril, y los poetas comenzaron a exaltar y proponer como ideal de felicidad la vida sencilla, como era la de los habitantes de Arcadia, región montañosa y agreste del centro del Peloponeso. Esta tendencia poética pasó también a la Roma imperial y

revivió en el Renacimiento. A partir de entonces, además, comenzaron a llamarse *Arcadias* los sitios de reunión de los poetas bucólicos.

Otro aspecto del entretenimiento tenía que ver con la *gimnasia*, la *palestra*, las carreras y luchas o *αγῶνες*, que se desarrollaban en el *estadio*, siendo las más famosas las competencias *olímpicas*, que se llevaban a cabo en la ciudad de Olimpia cada cuatro años en honor de Zeus, y que estaban en la base de la *cronología* griega. Además, daban ocasión para que los poetas como Píndaro exaltaran a los ganadores de las competencias con odas (ὠδή) o cantos corales acompañados por música y un cuerpo de baile, que quedaron como paradigmas de las odas pindáricas, en que se busca cualquier motivo para exaltar al atleta vencedor.

La *arquitectura* griega clásica, con sus estilos jónico, dórico y corintio, pasó a Roma y tuvo un nuevo impulso en el renacimiento.

Una variante de las columnas fueron las *cariátides*, *Καριατιδες*, término que propiamente significa Mujeres de Caria, es decir, de una región de Asia Menor donde las mujeres, que cargaban grandes pesos sobre la cabeza, inspiraron a los griegos este detalle arquitectónico, cuyo nombre griego se siguió utilizando en arquitectura para referirse a cualquier ser vivo, persona o animal, que desempeña el mismo oficio de soporte que cumple una columna.

Por otra parte, según la tradición, al genial arquitecto ateniense Dédalo se debió la construcción del palacio real de Cnosos, en Creta, que se llamó Labirinto, de *λαβρυς*, hacha doble, que era la insignia real cretense, y quedó como prototipo de toda situación complicada, tanto física, como psíquica, de donde es difícil salir. Con el concepto de *labirinto* quedó asociado el de “hilo de Ariadna”, o solución delicada y providencial, debido a que esta princesa cretense le facilitó al héroe Teseo una madeja de lana, que aquel fue desenrollando al entrar al *labirinto* para matar al Minotauro, y gracias a la cual pudo luego encontrar la vía de escape, de otro modo imposible.

Por su parte, mucho antes Dédalo había logrado salir del laberinto con su hijo Ícaro haciendo para ambos unas alas con cera y plumas de cisne, y así pudieron remontar el vuelo y huir de Creta, pero con el trágico final de Ícaro que todos conocemos. El nombre de este todavía se recuerda en el de la isla *Icaria*, donde se precipitó, y además quedó asociado a un modelo de alas voladoras precisamente conocidas como *ícaros*.

Los médicos griegos fueron los padres de la medicina científica. Entre los más famosos todavía se recuerdan Asclepio (más conocido con su nombre

latinizado de Esculapio), que sería considerado como un dios por sus prodigiosas curaciones, Hipócrates y Claudio Galeno. Del segundo todavía hoy los médicos observan el juramento *hipocrático*, en el cual anteponen a todo, en su profesión, el bien del paciente; mientras el nombre del tercero, que llegó a ser el médico oficial del ejército romano, quedó como sinónimo de “médico”. En efecto, así lo entendemos todos, cuando se nos habla de los *galenos*.

Esta asociación de la medicina y de la ciencia en general con Grecia se manifiesta inclusive en la preferencia que se da a los términos griegos sobre los latinos. En efecto, en lugar de “cáncer”, “dolor de cabeza”, “enfermedad del corazón” o “dolor de vientre” y de designaciones híbridas como “dentista”, “terapeuta”, “oculista”, en las que solo la terminación *-ista* es griega y el primer elemento es latino, un médico profesional hablará de *carcinoma*, *cefalea*, *cardiopatía* o *gastritis*, y exigirá que se lo llame: *odontólogo*, *terapeuta*, *oftalmólogo*, y con más razón si se trata de un nombre pomposo y solemne como *otorrinolaringólogo*.

Por otra parte, todavía hoy hablamos de *alfabeto*, de persona *analfabeta* y de *alfabetizar*, vocablos todos originados de la pronunciación griega de las letras A (alfa) y B (beta); escribimos sobre *papel*, voz derivada de *papiro*, que llegaba a Grecia desde la ciudad fenicia de Biblos, cuyo nombre originó en griego el término βιβλος, libro, y nos legó, además, *biblia*, *bibliófilo* y *bibliografía*. De la ciudad de Pérgamo todavía nos acordamos gracias al *pergamino*, o material de origen animal que se inventó en ella para sustituir el papiro; y mientras el uso del papiro originó los volúmenes, o tiras de papiro que se enrollaban sobre sí mismos, el pergamino originó los *tomos*, o cortes, con aproximadamente el aspecto de los libros actuales.

Al llegar a este punto, no debemos olvidar tampoco que el cristianismo, la religión básica de Occidente desde hace dos mil años, al salir del ámbito judío, donde se originó, de inmediato penetró y tomó forma en el mundo helenístico. La misma designación de *cristiano*, χριστιανος, es griega, al igual que muchos términos esenciales de la estructura y cosmovisión cristiana, como: *iglesia*, *católico*, *ecuménico*, *bautismo*, *catecismo*, *catecúmeno*, *neófito*, *eucaristía*, *limosna*, *profeta* y *profecía*, *patriarca*, *obispo*, *presbítero*, *diácono*, *acólito*, *diócesis*, *cátedra*, *basílica*, *parroquia*, *evangelio*, *parábola*, *apóstol*, *mártir*, *pneuma*, *paráclito*, *kérigma*, *epístola*, *apocalipsis*, *escatología*, *ángel*, *demonio*, *diablo*, *ídolo*, *doxología*, *ortodoxia*, *heterodoxia*, *iconoclasta*, *herejía*, *cisma*, *apostasía*, *cementerio*, *dicasterio*, *monasterio*, *monje*, *anacoreta*, *ermita*, *encíclica*, y un

sin fin de términos más, sin olvidar tampoco que en griego fue escrito el Nuevo Testamento.

En fin, que *fenómeno*, *energúmeno*, *clima*, *éter*, *clínica*, *clímax*, *tórax*, *cráneo*, *disco*, *yermo*, *ermita*, *efímero*, *paralelo*, *hipopótamo*, *rinoceronte*, *elefante*, *gigante*, *hipódromo*, *hípico*, *hídrico*, *cíclico*, *órgano*, *gráfico*, *periodo*, *periódico*, *época*, *hora*, *horóscopo*, *diáfano*, *anónimo*, *fotografía*, *cinematógrafo*, *entusiasmo*, *fanático*, *atípico*, *hipnótico*, *náutico*, *piropo*, *pirata*, *náusea*, *paréntesis*, *episodio*, *dosis*, *reloj*, *guitarra*, *crystal*, *paradoja*, *esporádico*, *celos*, *miríada*, *trono*, *tesoro*, *crisis*, *coral*, *dolo*, *símbolo*, *escándalo*, *tipo*, *simpático*, *antipático*, *diploma*, *protocolo*, *néctar*, *pétalo*, *estilo*, *místico*, *esotérico*, *apócrifo*, *ícono*, *sindéresis*, *átomo*, *polo*, *ártico*, *antártico*, *ecónomo*, *parámetro*, *horizonte*, *análogo*, *homólogo*, *acróbata*, *epitafio*, *catálogo*, *categoría*, *pedagogo*, *autodidacta*, *trípode*, *pulpo*, *ánfora*, *alegoría*, *cronómetro*, *hemiciclo*, *fantástico*, *práctico*, *héroe*, *agonía*, *manía*, *mito*, *fobia*, *pronóstico*, *diagnóstico*, *praxis*, *profilaxis*, *síntoma*, *síndrome*, *crisis*, *higiene*, *agonía*, *dieta*, *idiota*, *dialecto*, *anomia*, *fantasma*, *fantástico*, *golpe*, *golfo*, *plástico*, *paranoico*, *zoológico*, *eco*, *caos*, *metro*, *cada*, *porno-*, *macro-*, *micro-*, *mega-*,... y muchísimas palabras más, que usted enuncia a diario pensando que son castellanas, son también griegas.

Como conclusión, pues, podemos decir que, aunque el latín es la lengua madre del castellano, en cuanto que le proporcionó la mayor parte de su vocabulario, no es menos cierto que, en los campos de la filosofía, la cultura, la técnica, las ciencias, las artes y la religión, y aún en el lenguaje corriente de todos los días, abundan los vocablos griegos, ya que por medio de ellos se expresan conceptos para los cuales muchas veces no existían en latín unas palabras adecuadas.

Vale la pena destacar, de todos modos, que muchísimas voces griegas llegaron al castellano a través del mismo latín. Es cierto que Cicerón había tratado de crear en latín un vocabulario filosófico equivalente a los términos griegos, a fin de proteger la pureza del idioma, y que escribió sus *Disputationes tusculanae* para producir en latín una literatura filosófica equivalente a los *Diálogos* de Platón. En este esfuerzo fue secundado un siglo más tarde por Séneca quien, por ejemplo, traducía como *vir bonus*, o varón bueno, el término *filósofo*. Sin embargo, su contemporáneo y coterráneo, el *rétor* Quintiliano, se dio cuenta de que eran demasiados los términos griegos que habría que traducir al latín, y consideraba que lo más adecuado era simplemente incorporar las voces técnicas griegas a la lengua de Roma. Decía, en efecto, en su *De Institutione Oratoria*: “No defraudaré la debida alabanza a quienes intenten aumentar el caudal de la

lengua latina, pero yo diré *filósofos, músicos y geómetras*, que son todas palabras griegas”; además, usaba corrientemente la voz *retórica*, en lugar de la tradicional palabra latina, “oratoria”.

Por todas las consideraciones anteriores, creemos haber demostrado que el griego, tanto en su lengua como en su cultura y su mitología, está bien definido como horizonte, o línea más lejana, del castellano, ya que históricamente esa lengua y cultura se desarrolló antes que el latín, de donde procede inmediatamente nuestro idioma. Pero vale la pena preguntarse ahora: ¿Y hasta dónde llegaba el horizonte cultural de los griegos?... Una posible respuesta la tenemos en la circunstancia de que, según su mitología, el primer humano fue el titán *Japeto*, hijo de Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra), y padre a su vez de Atlas y Prometeo.

Desde el punto de vista lingüístico, Japeto corresponde al bíblico *Japhet*, tercer hijo de Noé, y padre entre otros de *Iauan*, quien a su vez tuvo cuatro hijos: *Eleisá*, Kittim, Tarsis y Dodanim. Los autores asocian a Iauan con la voz *Jonio*, *Ιωνιος*, y Eleisá con *Eolio*, *Αιολιος*, los primeros helenos que habrían aprendido a navegar, y colocan a Kittim y Dodanim respectivamente en Chipre y Rodas, mientras Tarsis habría colonizado España.

En la mitología griega aparece también el Diluvio o Cataclismo, *κατακλυσμος*, del cual solo se salvaron Deucalión, rey de Tesalia, y su esposa Pirra, de quienes descenderían los tesalios, que eran otra tribu griega. El hecho de que los griegos se consideraran descendientes de la pareja que sobrevivió al gran cataclismo, nos indica que este episodio formaba parte de su tradición como pueblo, y no les llegó en épocas posteriores por contacto lateral con las narraciones bíblicas o babilonias. Además, la forma como Deucalión y Pirra repoblaron el mundo, echando piedras hacia atrás, no se corresponde con las tradiciones orientales sino, más bien, con la mitología de los indios Tamanacos del Orinoco, según reporta el P. Gilij.¹¹

Estos dos datos, Japeto, por una parte, y el recuerdo del Diluvio, por la otra, entroncan el mundo cultural griego con el relato bíblico y lo presentan como totalmente “postdiluviano”, es decir, relativamente joven con respecto a las tradiciones de las grandes culturas del cercano Oriente.

Desde tres milenios a esta parte sucedieron muchas cosas y cambios drásticos y radicales en la vida del hombre de Occidente, tanto en el aspecto social,

11 Gilij, Filippo Salvatore. *Saggio di Storia Americana* (Roma, 1784), Tomo III, Libro I, cap. IV, pp. 18-20.

como político y cultural. Por lo que se refiere a Grecia, que en un momento fue el paradigma de la libertad, a su vez cayó bajo el poder de Roma, pero se dio el fenómeno que ya había observado un escritor latino, a saber: *Oriens captus ferrum victorem cepit*, “el Oriente (Grecia) conquistado, conquistó al hierro vencedor (Roma)”, que asimiló por completo la cultura griega y sirvió como vehículo de transmisión de la misma a toda Europa a través de su imperio. En algunas ocasiones, sin embargo, la voz griega original quedó desplazada por la equivalente latina, como sucedió con las divinidades Zeus, Hera, Poseidón, Plutón, Hestia, Atenea, Deméter, Hefesto, Ares, Afrodita, Hermes, Cloris, Pan, que conocemos mejor con los nombres latinos de Júpiter, Juno, Orcus, Vesta, Minerva, Ceres, Vulcano, Neptuno, Marte, Venus, Mercurio, Flora, Fauno, de donde nos vienen el terrífico *Ogro*, las recatadas *vestales*, los *cereales*, los *volcanes*, el porte *marcial*, las enfermedades *venéreas*, toda la *flora* y la *fauna* y los nombres de los días: *martes*, *miércoles*, *jueves*, *viernes*, entre otros.

El griego de hoy es muy diferente del que hablaron sus antepasados de hace dos mil quinientos años. El latín, por su parte, como lengua viva también desapareció y se fragmentó en el mosaico de los varios romances que surgieron dentro de las antiguas fronteras del Imperio Romano; pero todavía hasta hoy, concretamente en castellano, resuenan no solo muchas voces de la Hélade clásica y helenística, sino el eco de sus mitos, su cultura y acontecimientos sucedidos en el mundo griego hace más de dos milenios, como una prueba de la continuidad esencial del pensamiento del hombre de Occidente, a cuyo ámbito cultural el castellano pertenece.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo. *El Cantar de los Nibelungos*. Versión castellana en prosa de D.A. Fernández Merino. Barcelona, (1985) 1997.
- Beecher Keyes, Nelson. *El fascinante mundo de la Biblia*. Selecc. del Reader's Digest, México, 1965.
- Caldwell, Richard. *The origin of the Gods*. A psychanalytic study of Greek Theogony Myth (of Hesiod). Oxford University Press, N. Y. 1989.
- Condrea Derer, Doina. *Italiano-Romeno, Romeno-Italiano*. A Vallardi, 1993.
- Dauzat A., Dubois J y H. Mitterrand. *Nouveau Dictionnaire etymologique et historique*. Larousse, Paris, 1971.

- Ernout A. y A. Meillet. *Dictionnaire étymologique de la langue Latine*. Paris, 1959 (4ª ed.)
- Gilij, Filippo Salvatore. *Saggio di Storia Americana, o sia, Storia Naturale, Civile e Sacra de' regni e delle provincia spagnuole de Terra-Ferma nell' America Meridionale* (dedicata al Papa Pio VI). Tomos I-IV. Roma, 1780-1784.
- Isidoro de Sevilla. *Etymologiarum sive Originum Libri XX* (Vols. 2).Oxford Classical Texts, Oxford (1911), 1988.
- Kerenyi, Karl. *Los dioses de los griegos* (Traducción de Jaime López Sanz). Monte Ávila Ed., Caracas, 1999.
- Lacarrière, Jacques. *De paseo con Heródoto* (Traducción de Carlota Vallée). Fondo de Cult. Econ. México, 1985.
- National Geographic Society. *Greece and Rome, builders of our world*. N. Y. 1971.
- Sacks, David. *A Dictionary of the Ancient Greek World*. Oxford University Press, N. Y. 1995.
- Sebastián Yarza, Florencio I. *Diccionario Griego-Español*. Ed. Sopena, Barcelona, 1983.
- Walbank, F. W. *The Hellenistic World*. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1993.